www.loqueleo.es

© Del texto: 2025, Bruno Puelles.
Autor representado por IMC Agencia Literaria
© De esta edición:
2025, Sanoma Infantil y Juvenil, S. L.
Loqueleo es una marca registrada directa o indirectamente por Grupo Santillana Educación Global, S. L. U., licenciada a Sanoma Infantil y Juvenil, S. L.
Ronda de Europa, 5. 28760 Tres Cantos, Madrid

ISBN: 978-84-9122-579-9
Depósito legal: M-11300-2025
Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: octubre de 2025

Las materias primas utilizadas en la fabricación de este libro son reciclables y cumplen ampliamente con la normativa europea de sostenibilidad, economía circular y gestión energética.

Queda prohibida la utilización de los contenidos de esta obra, de cualquier forma, o por cualquier proceso, con fines de minería de texto y datos, aprendizaje automático, desarrollo y/o entrenamiento y/o enriquecimiento de inteligencias artificiales de cualquier clase.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

BRUNO PUELLES

PATIO INCÓGNITA

Ilustración de cubierta
Liébana Goñi

loqueleo

Para los que alguna vez se quedaron sin jugar.

And to my friends Yobi, Uthra, Tasnim, Kim, Leela,
Bex, Zelda, Kate, Rhiannon and Jim, with whom
I would gladly return to the end of the world.

Las personas no se construyen a base de victorias fáciles, sino de grandes derrotas.

Ernest Shackleton

Prólogo

La historia que sigue es verdadera.

He recopilado mis propios recuerdos y los que mis amigos han compartido conmigo. Voy a intentar contarlo todo tal y como ocurrió.

Para ponerte en situación, imagina un colegio. Un edificio cuadrado, más bien feo, de color amarillo. Tenía un patio trasero, con canastas y porterías a un lado.

Se llamaba Jack London y en él iban a clase todos los cursos desde Infantil hasta sexto.

Era un pequeño universo, con su territorio salvaje, su sociedad y sus leyes invisibles. Cada clase tenía una fauna muy variada: deportistas, empollones, lectores, músicos, jugadores de videojuegos, hermanos pequeños, hermanos mayores, hijos únicos, preferidos del profesor, populares y niños nuevos. Cada cual tenía sus intereses, sus pasiones y sus odios.

Nunca nos poníamos de acuerdo en nada.

Por eso, cuando sucedió, fue un milagro.

Un milagro extraordinariamente positivo.

O estrepitosamente desastroso.

Según como se mire.

Cuando la aventura comenzó, tenía once años y era mi último año en el colegio. Estábamos a mitad de curso.

Como la mayor parte de las expediciones hacia peligrosas tierras desconocidas, fue un viaje maravilloso y escalofriante, y escapó al control de la persona que lo había iniciado todo.

Deja que te cuente todo lo que nos pasó. Y juzga tú mismo.

Shackleton

Todo empezó una mañana de enero. Hacía frío, pero también mucho sol, así que la tutora nos dejó salir al recreo como de costumbre. Siempre íbamos a la zona de la canasta, algunos a jugar al fútbol, otros al baloncesto y el resto a ocupar las mesas de madera que había junto a la fachada del colegio.

A mi mejor amigo y a mí nos habían aceptado en uno de los dos equipos de baloncesto que se enfrentaban cada recreo. Lo hacíamos lo mejor que podíamos; era una oportunidad única para hacernos amigos de los demás jugadores, que eran más populares de lo que nosotros lo seríamos nunca.

Habíamos tenido la suerte increíble de que les faltasen justo dos jugadores. Si no, no nos habrían ni mirado. Y con razón, porque éramos pésimos

jugando al baloncesto. Yo era muy torpe y mi mejor amigo, seismesino: había nacido tres meses antes de lo que le tocaba y era un niño muy delgado y bajito, parecía hecho con palillos. Habría necesitado un trampolín para llegar a la canasta.

Aquella mañana, salí del colegio decidido a darlo todo en el partido, pero algo me llamó la atención y me detuve.

En el patio hay un rincón alejado, junto a la verja que separa el colegio del descampado de al lado. Es una esquina aburrida, un poco hostil, con una mesa de madera y dos bancos descoloridos por el sol y la lluvia.

Nadie iba nunca a la mesa del fondo.

Nadie.

Nunca.

Esa mañana, una chica rondaba aquel rincón olvidado.

Estaba sola, muy concentrada en algo secreto que no era asunto de nadie más que de ella. Había dejado sobre la mesa una bolsa de lona grande y miraba alrededor con ojo crítico.

Era como si estuviese evaluando las posibilidades de aquel lugar recóndito.

Nos conocíamos porque íbamos a la misma clase, aunque no recordaba haber hablado nunca con ella. Ni siquiera estaba muy seguro de cómo se llamaba. Había llegado nueva a principio de curso, y solo sabía de ella que era muy independiente y callada. Tenía un aire pensativo que no se sacaba de encima jamás. Casi siempre la veía con la nariz metida dentro de un libro. Era el tipo de chica que lee en los pasillos, lee en el patio y lee de pie frente a la puerta del aula hasta que viene el profesor a abrirla. Un par de veces había leído durante la clase, la habían pillado, le habían echado una bronca y la habían expulsado al pasillo…, donde ella había seguido leyendo con toda la calma del mundo.

Parecía que le daba todo igual.

A lo mejor por eso no había hecho muchos amigos. Tampoco enemigos. Como nos ignoraba, nosotros hacíamos lo mismo con ella. Su paso por sexto C no estaba dejando huella.

Aunque la dejaría. Ya te digo que la dejaría.

No tenía ni idea de lo que estaba haciendo ahí al fondo. Entonces vi cómo sacaba una linterna de la bolsa de lona. Y cómo, con ella encendida, se aventuraba debajo de la mesa, entre

las telarañas, el polvo y los cartones de zumo arrugados.

Te voy a decir la verdad: me moría de curiosidad. Eché un vistazo en dirección a la canasta y vi que los demás habían empezado a jugar sin mí. Por una parte quería ir con ellos, para seguir siendo miembro del grupo; por otra, necesitaba saber qué se traía entre manos aquella chica.

Dudé solo un segundo.

Después, di la espalda a la canasta y eché a andar hacia la chica nueva.

Me planté junto a la mesa.

—¿Qué haces?

Ella carraspeó desde debajo de la mesa, sin mirarme.

—¡Un momento, por favor! —Siguió rebuscando ahí debajo hasta que, satisfecha con su exploración, emergió al otro lado. Apagó la linterna con parsimonia—. Muy buenos días —me saludó muy educadamente—. ¿En qué puedo ayudarte?

Me dejó perplejo. Hablaba como si fuese un personaje de una película, no una chica en un patio de colegio.

Solo fui capaz de repetir:

—Que qué haces…

Ella perdió por un momento su gesto de digna compostura.

—Estoy jugando a los exploradores. ¿Quieres jugar?

—No. No sé. —Di un paso atrás—. Solo quería saber qué hacías.

Ella recuperó el tono arrogante.

—Estoy inspeccionando este barco. —La niña señaló la mesa polvorienta y los dos bancos de madera—. Tal vez sirva para la expedición al norte que estoy planeando. Todavía tengo que conseguir una buena tripulación, así que no me vendría mal algo de ayuda. Puedes llamarme Shackleton —concluyó con decisión.

Tenía en las mejillas dos puntos sonrosados. Era el orgullo mal disimulado, que se le escapaba.

Eché una ojeada dubitativa a la vieja mesa. Sinceramente, no entendía a qué venía tanta emoción.

—No parece muy buen barco.

Shackleton chasqueó la lengua.

—Sé que por fuera no es muy impresionante, pero échale un vistazo por dentro.

Me ofreció la linterna. No pude resistirme, la tomé y me metí debajo de la mesa, con ella detrás, sin dejar de mirar con ansia por encima de mi hombro. Se moría de ganas de que su barco me gustase tanto como a ella.

—Es más grande de lo que parece —sentencié con mucha generosidad.

En su cara apareció una sonrisa que fue como el sol cuando se asoma tras la línea del horizonte.

—¿Verdad? ¿Verdad? Tiene un muy buen casco, muy duro, hecho de madera de los bosques de Noruega... Esto es capaz de romper el hielo que haga falta —aseguró, entusiasmada—. Zarparemos pronto, para aprovechar el verano. ¿Tú qué sabes hacer?

Aquello me tomó desprevenido.

—¿Yo? Sé jugar al baloncesto. Más o menos.

—Muy bien —asintió ella—, ¿y a bordo de un barco?

—Nada.

—¿Sabes nadar?

—Sí.

—¿Sabes cantar?

—¿Cantar?

Me dio miedo que me pidiera que le cantase una canción, ahí mismo, en medio del patio. No habría sido capaz, antes me habría dado un chungo por la vergüenza.

—Sí, cantar. Nos esperan largas horas a bordo, tendremos que entretenernos de algún modo.

—Bueno, sé cantar, sí... También se me dan muy bien los ordenadores...

—¡Perfecto! Un ingeniero nos vendrá muy bien. Te podemos llamar Nobile.

Cada vez estaba más asombrado.

—¿Nobile?

—Sí, Umberto Nobile —lo pronunció con acento italiano y me arrancó una sonrisa—. Fue el ingeniero que pilotó el dirigible Norge, la primera aeronave que llegó al Polo Norte... Mira.

De la bolsa de lona, Shackleton sacó el libro que tenía la culpa de todo aquello. Era un volumen gordo, de tapa dura, que se titulaba *Dos mil años en el hielo* y contaba toda la historia de la exploración del Ártico, desde el año 330 a. C. hasta la loca carrera internacional por conquistar el Polo Norte, una meta fieramente protegida por el clima hostil y el hielo despiadado que hacía naufragar barcos.

Era una lectura emocionante, llena de aventuras, horribles peligros, frío, hambre, motines y planes descabellados para lograr lo imposible.

De verdad. Si tienes idea de lo que es la exploración polar, sabes de lo que hablo. Si no, tienes que creerme. Es una *locura*. Los mares cercanos a los Polos están decididos a matar a cualquiera que se atreva a navegarlos, y aun así ha habido cientos de aventureros que se han internado en ellos, contra el hielo, el frío y el hambre, para llegar a donde nadie había llegado.

Es increíble. Descabellado. Fascinante.

Escuché boquiabierto cómo Shackleton enumeraba todas las vidas que se había cobrado el lejano norte. Los innumerables fracasos. Y las escasas victorias, los descubrimientos.

—¿Y todo esto… para qué? —pregunté.

—Para llegar *primero* —dijo Shackleton, como si eso lo explicase todo—. Llegar a donde nadie ha llegado antes, al Polo Norte. Y encontrar los pasajes entre el hielo para que los barcos comerciantes puedan llegar a Asia muchísimo más rápido que dando toda la vuelta por abajo, ¿entiendes?

En aquel punto, comenzaba a ilusionarme. Aunque hasta entonces nunca me había interesado lo más mínimo el Polo Norte y la mitad de lo que Shackleton me contaba parecía un disparate, me estaba convenciendo. Notaba en la punta de la lengua el sabor a aventura, peligros y grandes recompensas.

Y me gustaba.

—¿Y crees que podríamos hacerlo? ¿Encontrar un camino entre el hielo para llegar a Asia?

—Sí, el Pasaje Nordeste. Si encontramos una buena ruta antes que nadie, el rey nos recompensará con muchísimo dinero.

—¿El rey? ¿Qué rey?

—Sí, no sé, creo que Eduardo VII —dijo Shackleton—. A ver, la expedición que voy a hacer yo no sale en el libro —admitió—. Me la estoy inventando. Si estuviera aquí, ya sabría el final, ¿y qué gracia tendría eso? Pero creo que debería pasar por 1850 o 1900 o por ahí, hace mucho mucho tiempo, cuando era la época dorada de los exploradores.

—Vale —acepté—. ¿Cuándo vas a hacer el viaje? ¿Hoy?

—No, qué va. Aún tengo que prepararlo todo.

—Ah, claro.

Shackleton me miró de arriba abajo. Parecía que era la primera vez que se fijaba del todo en mí, y quizá fuese así.

Estaba planteándose si incluirme en su expedición. No era fácil decidirlo, porque a primera vista hay que admitir que yo no era gran cosa. Era un niño bueno, que temblaba ante la sola idea de saltarse una norma. Llevaba en la punta de la nariz una ingenuidad de la que no podía librarme; guardaba en la redondez de las mejillas la adoración de mis padres, que no tenían más hijos que yo; y un par de gafas de pasta azul sujetas con un elástico bien apretado impedían que se me desordenasen los pensamientos dentro de la cabeza.

No era un aventurero. No estaba hecho del material necesario para sobrevivir al Ártico. Aun así, algo debió de ver Shackleton en mí porque me tendió la mano.

—¿Me acompañas en este viaje?

Nunca antes me habían invitado a ir al Polo Norte.

Lo voy a confesar: a los once años yo era un niño más bien cobardica. Lo único que deseaba en el mundo era que los demás me considerasen normal, significara eso lo que significase. Evitaba tomar decisiones que me hiciesen destacar.

Sin embargo, aquello era tentador.

Por un lado, tenía el baloncesto, la rutina, los amigos de siempre; por otro, Shackleton, con su linterna, su libro sobre tierras salvajes y heladas, la promesa de la aventura.

Le estreché la mano con solemnidad.

Me pareció que debía decir algo, pero no sabía bien qué.

—Ehm… Sí…, vale —murmuré.

Ella sonrió. Nunca le faltaban las palabras: las había ido acumulando durante años de libro en libro.

—Bienvenido a bordo.

El desafío

22 El comedor del Jack London contenía un océano. Cada isla era una mesa con solo seis sillas, y era de vital importancia elegir bien en cuál sentarse.

Obviamente, lo fundamental era ponerse con alguien. Estar solo suponía gritarle al mundo que eras un apestado.

Todos los habitantes del colegio lo sabíamos, salvo, al parecer, Shackleton, que siempre se sentaba en la mesa más cercana a la salida y comía sola. No parecía darle importancia a lo que los demás pudieran pensar de ella.

Nunca me había fijado en ella hasta aquel día. Me pregunté si llevaba todo el curso así, aislada en su mesa solitaria. Estaba comiendo y sostenía un libro abierto con una mano mientras se llevaba la cuchara a la boca con la otra.

Entonces, como si notase que la estaba observando, se asomó por encima del libro. Soltó la cuchara para saludarme.

Noté cómo se me ponían rojas las orejas, la cara y el cuello. Sentí cómo el comedor entero cotilleaba respecto al intercambio de miradas entre aquella niña nueva y yo. Me dio muchísima vergüenza. No quería que nadie nos relacionase.

No quería convertirme yo también en un apestado.

Giré la cabeza, como si no hubiese visto a Shackleton, y caminé deprisa hacia la ventana, donde se sentaba mi mejor amigo con otros dos compañeros de clase.

Ya te he hablado de él: es canijo, seismesino y el mejor amigo que uno pueda imaginar. Si hubiese nacido cuando le tocaba, habría sido en septiembre, pero se adelantó y llegó al mundo el 5 de junio, ¡justo a la vez que yo! Así que podríamos decir que nació tres meses antes únicamente para compartir cumpleaños conmigo y que lo podamos celebrar juntos todos los años. Es la mayor muestra de amistad que se ha hecho desde el principio de los tiempos.

Igual que mi nombre había pasado a ser Nobile, a mi mejor amigo lo llamaríamos de otro modo durante el resto del curso. Pero aún no hemos llegado a esa parte de la historia, de modo que de momento me referiré a él como mi mejor amigo.

Tampoco te diré los nombres de los otros dos chicos con los que nos solíamos sentar a comer. No eran mala gente, pero no los consideraba ni de lejos tan cercanos como mi mejor amigo. Le estaba agradecido a uno de ellos, eso sí, porque era quien nos había incluido en el juego de baloncesto del recreo. Él era el mejor jugador de sexto, en parte porque había dado el estirón y nos sacaba una cabeza y media. El otro era el payaso de la clase.

Fue él, el graciosillo, quien me saludó así:

—¡Hola, ligón! Anda que ir y elegir al ratón de biblioteca entre todas las chicas de la clase... Aunque, ahora que lo pienso, pegáis mucho: ella lee libros, tú llevas gafas... ¡Sois perfectos!

Tardé un segundo en entender lo que me estaba diciendo.

—¡Yo no estaba ligando con nadie!

El gracioso y el deportista se rieron. Yo me puse a estudiar el plato de lentejas como si fuera lo más interesante del mundo. Sumergí la cuchara dentro muy despacio.

—Lo hemos visto perfectamente —dijo el deportista.

—Ella te miraba así —dijo el gracioso, mientras ladeaba la cabeza y pestañeaba como un dibujo animado.

Mi mejor amigo no se reía. Ladeó la cabeza con curiosidad.

—¿De qué estabais hablando en el patio?

—De nada, de un juego que se ha inventado...

—¿Qué juego?

De modo que les conté todo, o al menos todo lo que recordaba: el barco, la expedición al Polo Norte, los barcos naufragados, el hielo mortífero y los osos polares. Ellos escucharon, primero con sorpresa, luego con incredulidad y, finalmente, con malicia.

—Ajá —dijo el deportista—. Yo sé lo que es esto. Una frikada. Una frikada de las gordas.

—Una frikada que podría entrar en el *Libro Guinness de los récords* —apostilló el gracioso.

—Y sí, está ligando contigo, tonto del bote.

—¡Que no! —protesté.

El deportista apoyó los codos en la mesa para inclinarse hacia delante.

—A ver, ¿tú qué sabes? ¿Cuántas novias has tenido?

—¿Yo? Ninguna.

—Pues eso. Antes de Navidad yo estuve saliendo dos semanas con una... Sé de lo que hablo. Tú no tienes ni idea.

Mi mejor amigo y yo lo miramos, boquiabiertos. Acabábamos de descubrir que el deportista era un hombre de mundo, un experto en el campo del amor.

—¿En serio has tenido novia?

—¿Quién? ¿Es del colegio?

—No. Es una vecina mía. Este la conoce —añadió, dando un codazo al gracioso, que asintió—. Y te aseguro que las chicas no se juntan con los chicos si no es para ligar, y lo mismo al revés.

Dejé caer la cuchara.

—¡Que no me gusta! Solo me cae bien.

—Te gusta —sentenció él—. Si no, no te habrías quedado a oír toda esa historia del barco y no sé qué.

Me callé, fastidiado. No estaba de acuerdo, pero no me atrevía a contradecir al deportista, que era como un gurú del amor, porque ningún otro niño de sexto había tenido novia, que yo supiera.

—Oye —dijo el gracioso—, ¿contamos contigo para el partido de mañana o vas a pasar el recreo con tu amorcito?

Hice una mueca.

—¡Que no tengo ningún amorcito! —insistí—. Dejadlo ya.

—¿Entonces mañana juegas con nosotros?

En el otro extremo del comedor, Shackleton se puso de pie. Llevó su bandeja al carrito y me sonrió antes de salir del comedor deprisa, como si tuviera muchas cosas que hacer y lugares más importantes en los que estar.

—No sé —respondí—. Me gustaría saber qué pasa en esto del barco.

Los otros dos chicos se dieron codazos y rieron, y hasta mi mejor amigo, que habría sido lo mínimo que estuviese de mi parte, sonrió para sí.

—El barco, claro, claro... Lo que te interesa es el barco..., nada más... —bromeó el gracioso.

—Podríais apuntaros también —sugerí.

—Hombre —bufó el deportista—, ahora mismo me voy a poner yo a jugar a los barquitos. No tengo nada mejor que hacer.

—Tú eres demasiado guay para ir al Polo —le tomó el pelo el gracioso—. Si acaso, que sea el Polo el que venga a ti, ¿no?

—Ya te digo —rio el otro—. Que venga el Polo y ya veremos si lo exploro...

No lo decían en serio. A ninguno de los dos se le habría ocurrido nunca que el Ártico pudiese tomarse como un desafío.

Aquella misma tarde empezó a nevar.